

leguas detrás del ejército ruso, sin encontrar un solo hombre de quien se pudiera saber la verdad. Sin embargo, á la caída de la tarde se acabó por coger á algunos, que no pudieron sostener la celeridad de aquella marcha, y ya por la dirección de las columnas, que se descubrían de vez en cuando desde los puntos culminantes del terreno, ya por las respuestas sacadas á los que se cogieron en el camino, creyóse descubrir que el contrario se retiraba, por entre Esmolensko y Sourage, con intención evidente de unirse al príncipe Bagration. Día por día se hallaba enterado Napoleon de las operaciones del mariscal Davout, del combate de Mohilew, de las consecuencias de este combate, del rodeo á que el príncipe Bagration se vió condenado, rodeo que retardaba, pero no impedía su incorporación á Barclai de Tolly; de consiguiente poseía todos los elementos necesarios para juzgar bien de los proyectos del enemigo. Despues de seguir á los rusos hasta el fin del día, hizo personalmente alto en un lugarcito llamado Haponowtschina. Allí platicó algunos instantes con Murat y el príncipe Eugenio, reconoció con ellos la inutilidad y el peligro de una persecucion prolongada, porque el proyecto de rebasar á Barclai de Tolly se habia hecho impracticable, hallándose este muy sobre aviso y llevándonos mucha delantera. No pudiendo rebasarle, no habia manera de impedir su reunion con Bagration, que estaba en marcha mas allá del Dnieper para juntársele detrás del Dwina. De obstinarse en esta persecucion, lo mas que se podia conseguir era obligar á los dos generales rusos á que se juntaran diez ó quince leguas mas lejos, y esta ventaja de importancia escasisi-

ma no equivalia al inconveniente de agotar las fuerzas de los soldados. La caballería se hallaba en un estado lastimoso: á la artillería le costaba mucho seguir adelante. De consiguiente Napoleon prometió á Eugenio y á Murat que nuevamente haria alto, con el fin de proporcionar algunos dias de descanso á las tropas, de allegarse los rezagados y de rehacer los almacenes con los recursos del pais, que no habian tenido tiempo de destruir los rusos.

Adoptada esta resolucion, separóse Napoleon de Eugenio y de Murat, á quienes dejó con sus tropas, y volvió á entrar en Witebsk aquella misma noche.

Asi fracasaron sus combinaciones de la apertura de la campaña, que se contaban entre el número de las mas bellas que habia concebido nunca, aunque hubiera batido al enemigo en todos los encuentros, aunque le hubiera hecho perder cerca de quince mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, aunque le hubiera arrancado muchas de sus mejores provincias, tales como la Lithuania y la Curlandia. Algunas faltas de ejecucion contribuyeron sin duda á este mal suceso, como la de apresurarse demasiado á cruzar el Niemen, y la de no parar en Kowno, antes de dar ninguna alerta al enemigo, el tiempo que fué preciso parar en Wilna para reunir el ejército y sus bagages; como las de contar con la incorporacion del rey Gerónimo al mariscal Davout, no poner á este en aptitud de perseguir y de envolver al príncipe Bagration por sí solo; producir, con tratar sobradamente mal á su joven hermano, una fatal interrupcion de mando; y finalmente haber contado muy poco para todas las cosas con los hombres y los elementos. Pe-

ro, independientemente de estas faltas, el mal éxito emanaba, como las faltas mismas, de la imprudencia de esta guerra, consistente en tentar con soldados violentamente arrancados de todos los países y precipitadamente regimentados, marchas sin término en comarcas inmensas, harto poco fértiles y harto poco habitadas para suplir todo lo que es imposible llevar consigo; de haber, no dejado de pensar en las dificultades de tal empresa, ó descuidado los medios de superarlas, sino creído con sobrada facilidad en la eficacia de los medios empleados; de haber obrado en suma con toda la embriaguez de un poder alucinado por la continuidad de los triunfos y por la sumisión general de los pueblos. Reparemos no obstante, que iniciada ya la locura de esta guerra, si Napoleón se mostrara todavía mas loco, si marchara adelante en derecha, sin detenerse diez y ocho dias en Wilna para allegar sus tropas y sus convoyes, de cierto se dejara detrás mucha gente, pero quizá abrumara á Barclai de Tolly por un lado, al príncipe Bagration por otro, y descargara golpes terribles, que pudieran traer la paz y haber bastado en todo caso para llenar grandemente esta primera campaña, y ahorrarle de ir á buscar al seno de Rusia los brillantes resultados que necesitaba para conservar su prestigio, para imponer á Europa, y para tener sus tropas en juego. Mas tarde allegara á los hombres dejados por los caminos, á los mas robustos cuando menos, y de todas maneras nunca perdiera tantos como perdió en breve por correr detrás de un triunfo que se le huía de continuo. Ya aquí se ve, y se verá en lo sucesivo, á esta guerra marcada con el doble carácter de una concepcion temeraria y de

una ejecucion incierta, y al genio que comienza las faltas, se arrepiente inmediatamente despues de haberlas comenzado, y fracasa por la vacilacion misma que en su accion produce este arrepentimiento. ¿Nos atreveremos á decirlo? Mas obcecado Napoleón saliera mas airoso. Conviene añadir que aun cuando su salud nada se resintiera, parecia menos activo; que iba mas frecuentemente en carruaje, y menos á menudo á caballo, ya porque el calor y el vientre abultado produjeran pesadez, no á su espíritu, sino á su cuerpo, ya porque la enormidad de lo que habia emprendido asustase, enervase su voluntad antes tan firme y tan ardiente, ya, diríamos finalmente si participáramos mas de las supersticiones humanas, porque la fortuna inconstante ó cansada cesase de favorecer sus designios.

De cierto aun le quedaban á Napoleón por imaginar muchas combinaciones, y su inagotable genio distaba enormemente de hallarse al cabo de sus recursos. Barclai de Tolly, cuya incorporacion al príncipe Bagration no habia podido impedirse, y que iba á ver elevados sus noventa mil hombres á ciento cuarenta mil, de resultas de la union de los dos ejércitos del Dwina y del Dnieper, no se hacia invencible para los doscientos cincuenta mil hombres que Napoleón podia oponerle, despues de juntarse al mariscal Davout; Barclai de Tolly, que hasta entonces no pudo ser sorprendido ni envuelto, no habia llegado á ser tan perspicaz de pronto que no pudiera ser adormecida su vigilancia y descargado sobre su cabeza uno de aquellos golpes terribles bajo los cuales habian sucumbido en el espacio de quince años los ejércitos mas valientes

de Europa. De consiguiente no estaban mas que aplazados los resultados maravillosos que solian señalar el principio de todas las campañas napoleónicas, y entretanto se tenían resultados sólidos como las conquistas de la Lituania y la Curlandia y además el ascendiente de las tropas francesas sobre las tropas enemigas sustentado en todo su auge. Así cabia descansar en Witebsk sin pensamientos muy sombríos, y si se prestaba á la censura el descanso tomado en Wilna, el que se iba á tomar en Witebsk se hallaba al abrigo de todo cargo; pues en Wilna, al precio de treinta ó cuarenta mil rezagados, fuera posible llegar á tiempo sobre la espalda de Bagration y el flanco de Barclai, al par que en Witebsk solo se podia ensanchar mas, adelantándose, el círculo que ambos gefes iban á describir para juntarse, sin llegar á cortar este círculo por parte alguna, sin conseguir otra cosa que sacrificar todo el ejército á un resultado insignificante, exponiéndole á perecer de calor ahora, por miedo de que mas tarde pereciera de frio.

De consiguiente Napoleon instalóse por doce ó quince dias en el palacio del gobernador de Witebsk con su corte militar. Distribuyó sus cuerpos de ejército en torno suyo, de manera de ponerlos á cubierto de toda sorpresa, de alimentarlos lo mejor posible, de prepararles una reserva de viveres para los próximos movimientos, y de poder concentrarse oportunamente sobre los puntos donde hubieran de ser ejecutadas las operaciones. A la Guardia imperial la estableció en Witebsk mismo; al príncipe Eugenio delante de él en Sourage, pequeña ciudad situada mas arriba de Witebsk junto al

Dwina; un poco mas á la derecha, hácia Roudnia, en medio del espacio comprendido entre el Dwina y el Dnieper, y detrás de la cortina de bosques prolongada á orillas del Kasplia, al mariscal Ney; y delante de éste á la masa de la caballería en todas las avenidas por donde podia presentarse el contrario. Detrás de Ney, entre Witebsk y Babinowiczi, hizo acampar á las tres divisiones del primer cuerpo, que aguardaban con impaciencia la hora de juntarse al gefe severo, si bien paternal, á cuyas órdenes tenían costumbre de vivir y de pelear.

Efectivamente, el mariscal Davout habia remontado el Dnieper despues del combate de Mohilew, y se habia establecido en Orscha. desde donde guardaba el Dnieper, como Napoleon desde Witebsk guardaba el Dwina. Habia extendido la caballería de Grouchy sobre su izquierda, para enlazarse con el grande ejército hácia Babinowiczi, y habia encaminado hácia su derecha á la caballería ligera de Pajol y de Bordesouille, para seguir y observar mas allá del Dnieper al príncipe Bagration, que daba un gran rodeo por Micislaw, á fin de juntarse á Barclai de Tolly hácia Esmolensko. Finalmente, el mariscal Davout habia allegado á los westfalianos y á los polacos, extenuados unos y otros por una marcha de mas de ciento cincuenta leguas ejecutada desde el 10 de junio hasta el 28 de julio en un pais árduo y sin viveres lo mas del tiempo. Los polacos se hallaban en Mohilew, los westfalianos entre Mohilew y Orscha. El general Latour-Maubourg se retiraba con su caballería fatigada desde Bobruisk á Mohilew muy despacio, observando las tropas destacadas de Tomarsoff. Reynier, á la cabeza de los sajones, destinados á cus-

todiar el gran ducado, se acrecia con los austriacos, que estaban en marcha hácia el grande ejército.

Establecido así Napoleon sobre el alto Dwina con la Guardia y el príncipe Eugenio, teniendo entre el Dwina y el Dnieper á Murat, á Ney, á las tres primeras divisiones del mariscal Davout, y sobre el mismo Dnieper al resto de las tropas de este, y además á los westfalianos y á los polacos, se hallaba en una posicion inatacable, y en aptitud de preparar nuevas operaciones. Ocupándose de las necesidades de los soldados, su intencion era recomponer cada cuerpo segun su formacion primitiva, dar al príncipe Eugenio la caballeria de Grouchy y aun los hávaros, dar al general Montbrun los coraceros de Valencia prestados al mariscal Davout un momento, dar á éste sus tres primeras divisiones de infantería, confiarle además el primer cuerpo, los westfalianos, los polacos y la caballeria de reserva del general Latour-Maubourg.

Segun su costumbre, Napoleon dispuso que se empleasen inmediatamente los recursos que ofrecia el pais para proporcionar á los soldados la subsistencia de que habian carecido durante la marcha, y proporcionarles una reserva de víveres para ocho ó diez dias. En Witebsk habia algunas provisiones, con especialidad de vino, azúcar, café, y se dispuso de ellas para los hospitales. Bastante bien cultivada estaba la ribera del Dwina, y mas allá, entrando en la Rusia Blanca, de Witebsk á Newel y Wielij se encontraban aquí y allí granos y ganado. Generalmente habian sido destruidos los almacenes de los rusos, pero se habian conservado algunas porciones, que se trasladaban á la sazon

en carros del pais detrás de Barclai de Tolly. Nuestra caballeria aprovechóse de la coyuntura, é hizo presas de bastante importancia delante de los cantones del príncipe Eugenio. En Liosna, Roudnia, Babinowiczi, esto es, entre el Dwina y el Dnieper, no habiendo hecho mas que pasar los rusos, y no pudiendo aun desparramarse nuestros rezagados, quedaban medios de subsistencia. En Orscha, junto al Dnieper, habia hallado el mariscal Davout con que preparar las provisiones de sus tropas. Mas allá del Dnieper, desde Orscha á Micislaw, se extendia una comarca fértil y donde habia muchos molinos. Por desgracia la mayor parte estaba inservible. Napoleon ordenó repararlos, construir hornos, formar almacenes, particularmente en Witebsk y en Orscha, donde se proponia establecer sus dos principales puntos de apoyo sobre el Dwina y el Dnieper. Se carecia de hospitales, en Witebsk sobre todo, donde habia que asistir, además de los mil ochocientos heridos franceses de los tres combates de Ostrowno, á quinientos ó seiscientos rusos heridos, sin contar un número considerable de enfermos. El bueno y hábil cirujano Larrey, verdadero héroe de humanidad, cuidando á los heridos del contrario, á fin de que éste cuidase á los nuestros, trabajaba en Witebsk lo indecible para suplir los efectos del hospital de sangre que aun no habia llegado: Napoleon hizo que se le entregara todo lo mejor que se halló en los conventos. Además se aprovechó de la presencia del mariscal Davout en Orscha, para hacer preparar allí mismo, así como en Borisow y en Minsk, hospitales capaces de recibir doce mil enfermos.

Si algo podia dar idea de la dificultad de las

operaciones militares á tan grandes distancias y con tan grandes masas de hombres, es la extension y la multiplicidad de los padecimientos de nuestros soldados á pesar de todos los esfuerzos hechos por el genio para precaverlos. Los combates dados por la caballería de Poniatowski en Mir, por el cuerpo de Davout en Mohilew, por el grande ejército en Ostrowno, por Oudinot en Deweltowo, y por diversos cuerpos en otros muchos lugares, nos habian costado cuando mas de seis á siete mil hombres entre muertos y heridos, y sin embargo, ya habian desaparecido cerca de ciento cincuenta mil hombres de las filas durante las marchas del Niemen al Dnieper y al Dwina. De esto hablaban los gefes de cuerpo á Napoleon con tanta insistencia, que despues de determinarse por este motivo á hacer en Witebsk un nuevo alto, ordenó para conocer la extension del mal que se revistaran todos los regimientos (4). Al comenzar esta revista detallada de

(4) Los historiadores, que han querido excusar la campaña de Rusia, hacen datar la ruina del ejército de la retirada de Moscou, de los grandes frios que acompañaron á esta retirada y de las privaciones que fué necesario sufrir durante una marcha de doscientas cincuenta leguas, etc. Este es un error cometido por escritores que no han examinado de cerca los documentos verdaderos. La correspondencia de los generales, de los ministros y hasta de los prefectos, prueba que las causas de este gran desastre eran mas antiguas y mas hondas. Se tocaba en efecto á la disolucion del ejército por consecuencia de guerras incesantes, á las cuales habia sido forzoso atender con un reclutamiento precipitado y soldados muy mozos, bravos pero débiles, con extranjeros de mala voluntad y un material que no resistia á tan enormes distancias. Estas causas comenzaron la ruina del ejército mucho antes de que se llegase á Moscou, y la retirada de este punto no

los cuerpos de la extrema izquierda á la extrema derecha, del mariscal Macdonald hácia Riga al general Reynier hácia Brezesc, en una línea de mas de doscientas leguas, se hallaron los tristes resultados siguientes. El mariscal Macdonald, que tenia á los prusianos y á los polacos organizados en un todo, que habia tenido que andar cincuenta leguas á lo sumo y que sufrir muy pocas privaciones, solo habia experimentado la pérdida de seis mil hombres. De treinta mil estaba reducido á veinte y cuatro mil combatientes. El mariscal Oudinot, que con la division de los coraceros de Doumerc, destacada del cuerpo de caballería de Grouchy, contaba cerca de treinta y ocho mil hombres al paso del Niemen, no conservaba ya mas que de veinte y dos á veinte y tres mil en Polotsk. Atribuia esta disminucion desconsoladora á la desercion que se habia declarado entre las tropas extranjeras, tales como los croatas, los suizos, los portugueses. Entre los franceses no se habia manifestado la desercion mas que en los mancebos. El mariscal Ney, que poseia treinta y seis mil hombres al principio de las operaciones, afirmaba en Witebsk que no podia poner mas de veinte y dos mil en línea. Los extranjeros,

hizo mas que consumarla. La fatiga, la escasez de viveres, la mortandad de los caballos, que dejó á pie mucha parte de la caballería, crearon muy luego funestos hábitos de vagabundage, que se desarrollaron despues en esta fatal campaña, cuando las causas que los habian producido llegaron al último grado de fuerza. Este principio lo señalamos aqui por medio de pruebas irrefragables y esmeradamente recogidas. Nuestro trabajo está hecho en vista de los estados mismos presentados á Napoleon por los gefes de cuerpo, despachos segun los cuales establece sus propios cálculos.

es decir, los ilirios y los wurtembergeses, eran en este cuerpo como en los demas la principal causa de la disminucion del efectivo. Murat, con la caballeria de reserva de los generales Nansouty y Montbrun, estaba reducido de veinte y dos mil á trece ó catorce mil ginetes. Conviene añadir que la caballeria ligera agregada á cada cuerpo de ejército habia disminuido en proporcion todavía mas fuerte, por consecuencia del fatigante servicio de las vanguardias y de la proteccion con que era preciso rodear de continuo á las tropas enviadas á buscar forrages. Solo presentaba la mitad de su fuerza primitiva. La misma Guardia imperial no contaba mas que veinte y siete ó veinte y ocho mil en vez de treinta y siete mil hombres, lo cual era debido á las pérdidas de la joven infanteria, á las de la caballeria ligera constantemente empleada en los reconocimientos que el emperador ordenaba directamente, y sobre todo á la increíble desaparicion de los nuevos reclutas en la division de Claparede. Esta division habia venido á parar de siete mil á menos de tres mil infantes. No consiendiendo ya á su vuelta de España mas que en el cuadro de los regimientos, se habia llenado con jóvenes polacos, muchos de los cuales sucumbieron á la fatiga ó á la tentacion de regresar á sus hogares. De esta suerte la misma Guardia, aunque siempre bien provista, contaba ya diez mil hombres menos. La vieja Guardia era la única tropa que no habia perdido nada.

El cuerpo del príncipe Eugenio, calculado en ochenta mil hombres al paso del Niemen, no contaba ya mas que de cuarenta y cinco mil, habiendo sucumbido como dos mil al fuego enemigo. Una espantosa disenteria, que se hizo epidémica en-

tre los bávaros, les redujo de veinte y siete mil á trece mil. Esta enfermedad era debida al alimento en que entraba mas carne que pan, á la carne de puerco comida sin sal, á la privacion de vino, al relente de los bivaques sucediendo repentinamente á los excesivos calores durante el dia, finalmente y sobre todo á la rapidez de las marchas, á la juventud de los hombres, á su poca inclinacion al servicio. Se miraba á este cuerpo como casi fuera de estado de ser útil, y se le habia dejado en Beschenkowiczi, porque cada dia de marcha le ocasionaba mil enfermos (1). La division italiana era el cuerpo que, despues de los bávaros, habia sufrido mas de la disenteria, y ni aun se habia eximido de ella la Guardia italiana, compuesta de soldados selectos. Las hermosas divisiones francesas de Broussier y de Delzons habian resistido mejor á esta ruda vida de marchas y de privaciones. De abril á junio habian ido de Verona á Witebsk, del Adriático á las fuentes del Dwina. Dos mil hombres habian perdido por el fuego en Ostrowno y tres mil por la fatiga, con lo que se redujeron de veinte á quince mil hombres: gran ventaja sobre la division de Pino que de once mil habia bajado á cinco mil soldados. El cuerpo del mariscal Davout habia disminuido menos que los otros, gracias á su organizacion fuerte. Si no tuviera en sus filas holandeses, hamburgueses, ilirios, españoles, apenas con-

(1) Entiéndase bien que no hablo ni á tenor de las memorias del mariscal Saint-Cir, mas afflictivas aun que mi relato, sino á tenor de las correspondencias cotidianas de los gefes de cuerpo. No hay un detalle en la exposicion esta que no pueda apoyar en estados auténticos y en cálculos irrefragables.

tara la reduccion de una décima parte en su efectivo. Por consecuencia de esta mezcla y tambien de la incorporacion de los prófugos en sus regimientos, no podia poner en línea mas que cincuenta y dos ó cincuenta y tres mil hombres de los setenta y dos mil con que empezó la campaña. El cuerpo de Gerónimo, compuesto de los westfalianos, de los polacos, de los sajones, de la caballería de Latour-Maubourg, habia experimentado las pérdidas siguientes: los polacos estaban reducidos de treinta mil á veinte y dos mil hombres, los westfalianos de diez y ocho á diez mil, los sajones de diez y siete á trece mil, la caballería de Latour-Maubourg de diez á cerca de seis mil.

Así el ejército activo, que al paso del Niemen constaba de cuatrocientos mil hombres, y cerca de cuatrocientos veinte y cinco mil de todas armas con los parques, no ascendia ya mas que á doscientos cincuenta y cinco mil soldados, excelentes sin duda, todos muy fuertes y en torno de su bandera, pero no muy numerosos, si se queria penetrar en el corazón de la Rusia. Verdad es que habia ciento cuarenta mil hombres en segunda línea entre el Niemen y el Rhin, y de cincuenta á sesenta mil enfermos entre los diversos hospitales de la Alemania y la Polonia, y que de estos doscientos mil hombres se podian sacar útiles refuerzos. Dejando á las órdenes de los mariscales Macdonald y Oudinot sesenta mil hombres junto al Dwina, cerca de veinte mil á las órdenes del general Reynier junto al Dnieper, quedaban ciento setenta y cinco mil hombres del ejército activo para proseguir adelante. Conviene observar que los treinta mil austriacos del príncipe de Schwarzenberg, en marcha há-

cia Minsk actualmente, debian engrosar este número muy pronto, y que de los ciento cuarenta mil hombres escalonados entre el Niemen y el Rhin podia Napoleon sacar treinta mil buenos soldados á las órdenes del mariscal Victor para aproximarlos á su retaguardia. En cuanto á la reserva confiada al mariscal Augereau, en cuanto á las diversas guarniciones de Alemania, eran necesarias para hacer frente á los suecos, y no habia posibilidad de trasladarlas á otro punto. Así añadiendo á los sesenta mil hombres de los mariscales Macdonald y Oudinot, dejados junto al Dwina, los treinta mil hombres del mariscal Victor, añadiendo á los veinte mil hombres del general Reynier, dejados entre el Bug y el Dnieper, los treinta mil austriacos, Napoleon tenia ciento setenta y cinco mil hombres que llevar consigo, ya sobre Moscou, ya sobre San Petersburgo, estando fuertemente protegidos sus flancos. Sin duda con esta masa organizada se podian aun descargar golpes decisivos, pero era cruel hallarse reducido á tales proporciones al mes de abierta la campaña y sin ninguna gran batalla.

Ya se han indicado las causas de esta disminucion grande. Aun las acababan de revelar mas claramente las marchas postreras. El ejército de Italia habia andado seiscientas leguas desde marzo á julio, el del Rhin quinientas. Se habian reunido ciento cuarenta mil caballos para llevar las municiones de boca y guerra, pero la mitad de estos caballos habian ya sucumbido por falta de alimento, y una parte considerable de nuestros convoyes hubo de ser abandonada por los caminos. Unidas las privaciones á lo largo de las marchas, impidieron á muchos hombres, aun de los de bue-

na voluntad, seguir á sus cuerpos. Entendiéndose mal unos con otros y con los habitantes de los países atravesados los extranjeros de todas las naciones, italianos, ilirios, españoles, portugueses, holandeses, alemanes, polacos, convirtiendo el ejército en una Babel, no manifestando inclinacion á servir con nosotros, batiéndose bien por amor propio cuando se hallaban á nuestra vista, pero no sintiendo fuera del campo de batalla el menor escrúpulo en quedarse atrás cuando estaban fatigados ó indispuestos, teniendo en las selvas de Polonia una retirada segura para ocultarse, desaparecian a vista de ojo. Algunos morian ó se podrian en los hospitales, otros ejercitaban el oficio de bandoleros, los mas se deslizaban á través de la Alemania favorecidos por los habitantes y comunemente volvian á sus casas. Despues de los extranjeros, tanto los prófugos como los reclutas, eran los mas propensos á abandonar las filas, los reclutas por desmoralizacion, los prófugos por aficion á la vida errante. No quedaban en rededor de las banderas mas que los veteranos, ó bien aquellos á quienes un temperamento mas militar habia asociado al espíritu de la antigua tropa, y formaban, como se ha visto, un total de cerca de doscientos cincuenta mil hombres. Para cometer la temeridad de esta campaña tan lejana, mas valiera ciertamente no tener consigo mas de doscientos cincuenta mil hombres en vez de cuatrocientos mil, pues ademas de necesitarse menos medios de subsistencia, se evitara el inconveniente de infestar el país con una muchedumbre de desertores, cuya conducta podia ser contagiosa. Efectivamente mas debia inquietar el ejemplo de la desercion que la

pérdida material de ciento cincuenta mil hombres, de los cuales habia por que inquietarse, pues esta facilidad de abandonar las banderas, desconocida hasta entonces entre nuestros soldados, arrastraba á muchos que jamas pensarán en tal cosa, si no vieran de continuo el espectáculo de la desercion á la vista. Al ejemplo de la desercion se agregaban mil pretextos fatales para alejarse de las filas. Todas las noches, las correrías para ir en busca de víveres, la atencion que habia que dedicar á inmensos bagages, el cuidado de los rebaños llevados detras del ejército, la artilleria regimentaria que Napoleon quiso confiar á los regimientos de infanteria, y que segregaba de su servicio habitual á muchos excelentes infantes para convertirlos en malos artilleros, finalmente la mortalidad de los caballos, que por fuerza dejaba á pié á una multitud de ginetes, reducidos á arrastrarse trabajosamente detras de los cuerpos, engrosaban esa triste cola, que despues del paso de los ejércitos se descubre de ordinario, y que pronto se prolonga, se corrompe y hasta se hace infecta en proporcion del mal estado de las tropas. Este conjunto de causas preocupaba á Napoleon mucho mas que el considerable número de hombres de que se iba á ver privado materialmente, pues, en rigor, con cien mil hombres distribuidos en sus filas, y una masa bien compacta de otros cincuenta mil que marchara adelante, no fuera imposible descargar un golpe mortal sobre Rusia; pero, viendo lo que acontecia, era de temer que los doscientos cincuenta mil hombres que le quedaban, se redujeran á doscientos, ó á cien mil y aun quizá á mucho menos. Napoleon tenia en ciertos instantes el siniestro presentimiento

de que así se efectuaría, y para precaver este peligro tomaba las precauciones más minuciosas y más profundamente calculadas. He aquí las que adoptó durante su permanencia en Witebsk.

Ejerciendo comunmente la policía á retaguardia del ejército, la gendarmería de preferencia, tropa sin igual por la calidad de los hombres, y componiéndose de trescientos á cuatrocientos ginetes, le pareció insuficiente á pesar de las columnas volantes con que la habia reforzado, y dispuso que se enviaran de París al cuartel general cuantos hombres quedaban en los depósitos de la Guardia. Creó por vez primera, y esto demuestra hártó bien el deplorable estado de las tropas, dos inspectores del grande ejército, que, bajo el título de *ayudantes mayores generales* de infantería y de caballería, estaban encargados de velar por la situación de estas dos armas, por su vestuario, su efectivo y sus necesidades. Debían asegurarse de la verdadera fuerza de los regimientos en el momento de cada acción, y de prestar atención especial á los pequeños depósitos que el ejército dejaba por el camino. Para estos cargos hizo Napoleon dos elecciones excelentes, tanto bajo el aspecto de la vigilancia como del conocimiento de cada arma, y fueron para la infantería el conde Lobau, y para la caballería el conde Durosnel. Por desgracia la multiplicación de los empleos no remedia más los abusos que la multiplicación de los médicos asegura la curación de los enfermos. Con mayor razón Napoleon, durante este segundo alto, que se proponia hacer en Witebsk, y que á falta de otro motivo, el calor hiciera necesario, buscó el remedio al mal que le inquietaba en el allegamiento de los hombres, en la incorpora-

ción de los convoyes, que un plazo de diez ó quince días facilitaria sobremanera, en el cuidado de reunir una nueva reserva de víveres, que se procuraria trasportar realmente ahora detrás del ejército. Siempre con el deseo de despertar el sentimiento de la disciplina entre sus soldados, quiso pasar personalmente revistas en la plaza de Witebsk, que ensanchó mandando derribar algunas casas de madera que la obstruían. Allí inspeccionó ante todo las diversas brigadas de la Guardia imperial, después los cuerpos que estaban á su alcance, examinando en detalle por sí mismo el estado de los hombres, su armamento, su equipo, y hablando á soldados y oficiales un lenguaje propio á excitar en sus corazones los más nobles sentimientos. En una de aquellas revistas recibió al general Friant en calidad de coronel comandante de granaderos á pie de la Guardia, dignidad vacante por muerte del general Dorsenne y con que quiso recompensar á uno de los tres antiguos gefes de división del cuerpo del mariscal Davout. Verificóse esta recepción con aplauso de todo el ejército. A la sazón era el general Friant un modelo acabado de aquellas virtudes guerreras formadas bajo la república, no corrompidas por las prosperidades del imperio y consistentes en la modestia, la probidad, la adhesión á la bandera, la profunda ciencia del ejercicio de las armas unida á un verdadero heroísmo. Después de estrechar Napoleon á este hombre singular en sus brazos, á este hombre, que habia encanecido en la milicia, le dijo. Mi querido Friant, no tomareis este mando hasta fines de la campaña: estos soldados van solos, y es preciso que sigais al frente de vuestra división, donde aun

tendreis que prestarme grandes servicios. Sois uno de aquellos hombres á quienes querria poder colocar donde quiera que yo no puedo estar en persona.

No era Napoleon el único que habia echado de ver en el ejército la grave dificultad de las distancias, sobre todo en un país mal cultivado porque estaba mal poblado, con un enemigo que se retiraba de continuo por necesidad y por cálculo. En el primer empuje no se dudó de alcanzar á los rusos, y de batirlos tan luego como se les diera alcance, pero habiendo abatido las fuerzas el calor y el mal alimento, se empezaba á medir los espacios recorridos, á inquietarse respecto de los que se extendian delante, y se preguntaba con cierta especie de pena cuando se podría alcanzar al ejército enemigo (1). Este era el asunto de las conversaciones de

(1) El historiador ruso Boutourlin, el mejor narrador extranjero de esta guerra, ha dicho, en la página 455 del tomo II de su obra, que la retirada de los rusos fué efecto no de un cálculo, del cual tanto se habia blasonado posteriormente, sino de la inferioridad numérica de sus tropas. Este escritor juicioso y generalmente imparcial, sentia el naturalísimo deseo de reducir á su justo valor las pretensiones de los que han aspirado á atribuirse exclusivamente la gloria de los sucesos de 1812, y á arrogarse el mérito de lo que á menudo no fué mas que producto del acaso, ó bien falta del que dirigia las tropas francesas. Verdad es efectivamente que los rusos se retiraban porque no podian hacer otra cosa, y que, obrando frecuentemente en ellos el ímpetu de las pasiones en sentido contrario de la razon, hubieran presentado batalla, si su inferioridad numérica se lo consintiera. Verdad es que, considerados los movimientos de los rusos en sus motivos de cada dia, fueron mas bien impuestos por las circunstancias del momento que ajustados á un plan general. Perc

los generales, de los oficiales y aun de los mismos soldados.—¡Siempre huyen estos miserables! decia la tropa.—Estos taimados, decian muchos oficiales, quieren arrastrarnos en su seguimiento, cansarnos, extenuarnos y acometernos cuando ya estemos reducidos en número y en fuerza física para no inspirarles miedo.—Esta última idea habia germinado especialmente en las filas mas elevadas del ejército, y se oia preguntarse en torno de Napoleon, si no seria tiempo de hacer alto, puesto que se habia llegado á los verdaderos limites que separaban la antigua Polonia de la Moscovia, y por decirlo asi, la Europa del Asia, de establecerse solidamente junto al Dwina y junto al Dnieper; de fortificar á Witebsk y á Esmolensko; de tomar á Riga á la

tambien equivaldria á desconocer una parte no menos importante de la verdad el no ver que en medio de las variaciones continuas de ideas, producidas por una situacion violenta, habia no obstante un pensamiento general existente en todas las cabezas, aun prescindiendo del plan del general Pühl, pensamiento reducido á creer que cuanto mas se retrogradaba hácia el centro del imperio, mas se debilitaban los franceses, y mas fuertes se hacian relativamente los rusos; que no habia porque les apesarasen mucho un movimiento retrógrado indefinidamente continuado, y que se perdía mas en apariencia que en realidad. Sin duda luchaban el odio y el orgullo contra esta idea, y la conducta de los generales rusos fué un perpetuo conflicto entre el cálculo que aconsejaba la retirada, y la pasion que empujaba al combate. Otra idea menos generalmente divulgada y á la cual estaba muy adherido Alejandro, y que solo él podia poner en planta, como que daba exclusivamente las órdenes á los ejércitos distantes de Finlandia, de Volhinia y de Moldavia, era la de operar sobre los flancos del ejército francés, luego que se empeñase completamente en lo interior de Rusia. Tan justa era